

IN MEMÓRIAM: ÁNGEL LATORRE SEGURA

Manuel Abellán Velasco

*Profesor Titular de Derecho Romano
Universidad Carlos III*



UANDO el Rector Peces-Barba me encargó unas líneas en recuerdo de un amigo común que acababa de dejarnos, sentí sobre mí la responsabilidad de cómo poder hacer llegar al lector que no le conociera la persona sobre la que había aceptado escribir.

Porque de Ángel Latorre, que se fue una tarde de este pasado verano mientras conversaba, como siempre, de la vida, no se pueden decir sólo las consabidas palabras de una *oratio funebre* y recordar de él su inmensa talla como jurista, en el sentido romano de esta palabra. Y nos encontramos ya con el derecho romano, del que Ángel Latorre ha sido uno de los representantes más dignos en este proceloso fin de siglo para las aguas de la romanística española. Desde que su maestro García de Valdeavellano le encauzó por la senda del *ius romanum*, y desde que ocupó, a mediados de los años 50, la cátedra de derecho romano de la Universidad de Barcelona, fue, además, romanista. Pero su desbordante personalidad le hizo ser uno de los ejes, de los pilares, de la vida intelectual, cultural y política de aquella ciudad en tiempos no fáciles. Y desde esos tiempos quisiera recordarle hoy, y para ello he acudido a un antiguo

alumno suyo, después amigo, hoy Catedrático, a quien he solicitado una rememoranza de su figura y de su significado.

Las palabras que me remite, dicen así:

«Para un estudiante de derecho de 1964-65, año en que empecé la carrera, Ángel Latorre tenía características que le separaban de los demás Catedráticos. La siempre tediosa lección relativa a la enseñanza de la asignatura era, en su clase, un paseo de su mano hasta captar el significado cultural, y, dentro de éste, el jurídico, que había tenido para nosotros el mundo romano. Luego, despojada de cualquier sensación de estudio de algo arcaico, explicaba su programa lección por lección, sin caer en la tentación de regodearse en un tema de lucimiento durante varias semanas, como solían hacer otros. Sus clases eran de una indescriptible amenidad, y era imposible no aprender, y para toda la vida, el contenido de una institución explicada por él. Fue el primer Catedrático que vi explicar sin subir nunca a la tarima, y siempre sin papeles, lo que no ocultaba la excelente preparación de sus lecciones. No obstante, un día que la clase no acababa de llenarse nunca y a cada momento se abría de nuevo la puerta para entrar más gente, pese a que él llevaba rato explicando, dándose una sensación, de total falta de respeto al que explicaba, nos dio la primera advertencia de lo que era la Universidad. Cambiando de semblante dijo: “Hasta aquí hemos llegado, señores, al parecer ustedes no saben lo que es la Universidad”, y abandonó el aula. Como sucede con los enfados de los bondadosos, nos impresionó. Formamos una comisión para ir a pedirle perdón. Al ver a la comisión, sonrió y aseguró que todo estaba olvidado. Al día siguiente volvió y, desde entonces, su clase fue seguida con una puntualidad y respeto casi religiosos.»

Cuando terminó el curso, para mi asombro –por lo prematuro– nos dijo que si cuatro años después, acabada la carrera, alguno recordaba con interés el derecho romano y deseaba dedicarse a su estudio o a su docencia, él tenía su puerta abierta para todo el que deseara orientar su vida a la Universidad.

Siendo ya ayudante pude tratar con Ángel Latorre con más asiduidad y, naturalmente, con más soltura. En aquella amistad, que duró desde 1969 hasta su fallecimiento, pude comprobar el portentoso jurista que era, y, especialmente, su talla de universitario incomparable. Su gran inteligencia se combi-



naba con cierta ingenuidad, que le llevó a las situaciones más absurdas. Por su boca conocí una anécdota reveladora de su personalidad:

En una ocasión, un vecino nervioso le sacó de la cama al grito «Doctor Latorre, Doctor Latorre... venga,, por favor ...». Don Ángel abrió la puerta y se vio conducido en pijama al piso inferior donde una mujer se había puesto de parto. Con ciertas dificultades aclaró que era «Doctor» ...en Derecho, pues los vecinos, que habían visto en la puerta una plaquita que sólo ponía «Dr. Latorre», le tenían por médico, tal era su discreción y, por supuesto, su incapacidad de rotular su puerta con un letrero que anunciara su condición de catedrático de universidad, máxime teniendo en cuenta que en aquellos años, finales de los cincuenta, aquél era un título socialmente más valorado que en la actualidad.

Me dice también mi corresponsal cómo en aquellos años Ángel Latorre, junto con José Luis Sureda, fueron los dos Catedráticos que sistemáticamente se alineaban junto a estudiantes y jóvenes profesores, ya fuera frente al Rectorado, el Gobierno Civil, la Policía, frecuentemente metida en la Facultad, o el TOP, al que iba a parar más de uno. Está actitud no pasó inadvertida y en un determinado momento los quisieron expedientar, amenaza que no alteró ni preocupó lo más mínimo a Ángel Latorre.

Cuando se producían incidentes en la Facultad, o, incluso, cierres más o menos prolongados, lo que ocurría con cierta frecuencia por orden del Rectorado o de quien fuera, algunos Catedráticos se quedaban en casa, otros acudían a ella aunque estuviera cerrada, pasando las horas con los jóvenes PNNs o Adjuntos. Entre los pocos que hacían eso siempre –me dicen– estaba Ángel Latorre.

Ya en aquel tiempo su conversación –como luego tuve la ocasión de comprobar– era siempre reconfortante, y es fácil comprender que como me cuentan, produjera al joven Profesor, en aquellas horas de amargura, la sensación de que mientras hubiera hombres como él, habría Universidad.

Ya se ha hecho referencia a su modestia. Me dicen que ya entonces, y pruebas de ello tuve después, le molestaba y hasta le ruborizaba que alguien sacara a colación su formidable expediente académico (matrícula de honor en todas las asignaturas de la carrera), y en seguida advertía que como Profesor pudo conocer a mucho estúpido con expedientes fantásticos.

Otra anécdota, vivida por mi interlocutor, incide de nuevo en su modestia y en el conocimiento de la realidad de la disciplina a la que se dedicaba y

de la que era maestro: acudí a él en una ocasión, cuando estaba realizando su tesis doctoral, a pedirle que le recomendara algún buen libro que explicara el origen romano del tema de la tesis. Lo primero que le advirtió fue del riesgo de esterilidad de la obsesión por establecer siempre un precedente romano, pero, cuando ya concretaron un aspecto determinado del tema, le indicó un libro... en alemán, idioma que por entonces el joven doctorando estaba empezando a estudiar. Un extraño pudor le llevó a decir que tampoco él lo hablaba apenas, pero que se podía centrar en determinado capítulo de aquel libro que le señaló y, casi disimulando, pues no quería acomplejar ¡a un PNN de 22 años ...! se lo tradujo perfectamente de viva voz.

Me hablan también de su discreta salida de Barcelona y del vacío que allí dejó con su ausencia; de su actitud crítica con los vicios de la Universidad española, especialmente por las perversas consecuencias del sistema de oposiciones; de sus opiniones sobre otros temas universitarios que ya pude conocer de su voz, aunque es cierto que todo esto ya lo vivió a distancia, desde el Tribunal Constitucional, y es suficiente con leer sus sentencias para comprender lo acertado de aquel nombramiento, y para demostrar como su especialización en Derecho Romano era sólo un aspecto del portentoso jurista ideológico, teórico y práctico que fue Ángel Latorre, como anunciaba ya su «Introducción al Derecho».

Mi contacto con él fue posterior al momento al que estos recuerdos se refieren, pero tuve también la ocasión de poder comprobar muchos de los aspectos de su personalidad que aquí han aflorado, de gozar de su conversación y disfrutar de su desbordante personalidad. Suscribo por ello las palabras con las que concluye la carta en la que se me transmite todo lo que antes he dicho:

«Nos ha dejado, y con él se ha ido una manera de sentir España, el Derecho, la Universidad, la convivencia, la democracia y, por encima de todo, la amistad.»

También a mí, como a mi interlocutor, me dan pena las jóvenes generaciones de Profesores, y me siento dueño de un tesoro: hemos conocido, a diferencia de ellos, a Ángel Latorre y hemos aprendido de él infinitas cosas. Y este conocimiento, esa amistad, ese recuerdo inolvidable de lo aprendido y de lo vivido, es lo único que compensa algo el dolor y el vacío que nos ha producido su marcha.

